

“A ellos darán las admiradas gentes  
Gloria brillante que por siempre dura  
Y aún de los ancianos venerables  
Honra obtendrán en la presencia augusta.”

“Yo les repartiré sublime ciencia,  
Y pensamientos de prudencia suma,  
Y honoríficos premios y coronas  
Que la vista arrebatan y deslumbran;”

“Y en eminente asiento colocados,  
Cubiertos de gloriosa vestidura,  
Serán del mundo luz consoladora  
Que ahuyentando tinieblas se difunda;”

“Y de mi amor como el supremo esfuerzo,  
Y para colmo en fin de su ventura,  
Les mostraré la senda que conduce  
A donde eternas dichas se disfrutan.”

## DISCURSO

*Pronunciado por el C. Dr. José Eleuterio  
Gonzalez, en la solemne distribucion de  
premios, que se hizo entre los alumnos del  
Colegio Civil de Monterey, la noche del 31  
de Agosto de 1863.*

Multitudo autem sapientium  
sánitas est orbis terrarum; et  
rex sapiens stabilimentum pó-  
puli est.

SAPIENT. C. VI V. 26.

En todos tiempos han procurado las naciones celebrar con entusiasmo las grandiosas conquistas de la ciencia, y recompensar dignamente las nobles al par que fatigosas tareas del ingenio: y esto no solamente en los siglos felices de ilustracion y de buen gusto, cuando el espíritu humano, libre de toda traba, ha podido entregarse á investigaciones científicas, sino aun en aquellos desgraciados tiempos en que la débil humanidad ha sido presa de la más cie-

ga ignorancia. Así es que, á pesar de lo rudo y tenebroso de la edad media, cuando el deseo de saber estaba casi aniquilado, llegó á ver con asombro la insigne ciudad de Tolosa reunirse todos los años, en medio de regocijos y fiestas, no pequeño número de trovadores venidos de Provenza á celebrar los Juegos Florales, disputándose en ellos con ahinco en públicos certámenes y en rimas armoniosas anhelados premios, y sobre todo, aquella violeta de oro, que era el más precioso y honorífico galardón destinado al más docto en la Gaya Ciencia, es decir, al mejor de los poetas. Y bien; si en una época tan triste, en que solo eran dignos de alabanza el temerario atrevimiento y la fuerza material, y en que los más negros errores oscureciendo el entendimiento, hacían mirar los libros con tan profunda aversión que muchas veces fueron condenados al faego por creerlos plagados de encantos y sortilegios, no faltaron solemnidades pomposas instituidas con el nobilísimo objeto de estimular los ingenios, ¿sería razón que nosotros, hallándonos en tiempos en que las luces se propagan, y en que las fecundas producciones de la inteligencia ilustran las naciones, no hiciéramos lo posible para aclimatar en nuestro país los buenos conocimientos, productores infalibles de los mayores bienes? ¿Sería justo que nosotros, teniendo tan verdadera como urgente necesidad de promover

por todos los medios asequibles las mejoras morales, de nuestra sociedad, para remediar en algun modo los acerbos males que por una suma desgracia aquejan á nuestra querida patria, retirando voluntariamente los ojos de la generacion nueva, descuidáramos un medio como el de la emulacion tan eficaz para mejorarla? ¡Ah! No, señores, y con inefable gozo de mi alma veo en este lugar tan embellecido y en esta ocasion tan solemne reunirse lo más florido y selecto de nuestra sociedad: el Magistrado Supremo del Estado, que con su respetable presencia autoriza y engrandece la solemnidad de este acto, grandioso por sí mismo; las autoridades y los empleados, que vienen á aumentar el lustre de esta funcion verdaderamente popular; el bello sexo, que con el esplendor de sus gracias todo lo adorna y vivifica y un inmenso pueblo atraído, más que por la curiosidad, por el deseo de contribuir al engrandecimiento de esta fiesta, que es la fiesta de la juventud, animados todos por un solo pensamiento, pero pensamiento muy grande, muy justo y muy fecundo: muy grande, porque es la expresion sincera de los nobles sentimientos de un pueblo que se congrega para celebrar los tranquilos y esplendorosos triunfos literarios de sus más queridos hijos; muy justo, porque la idea que aquí domina es la de recompensar debidamente los asíduos trabajos y desvelos

de la juventud estudiosa; y muy fecundo, porque tambien se trata de excitar en los tiernos corazones de los jóvenes el amor al estudio y hacerles oír el panegírico de las ciencias para inclinarlos á que dirijan todos sus esfuerzos á perfeccionar su espíritu y á poseer la verdadera sabiduría, para que puedan con el tiempo ser la luz, la salud y el más firme apoyo de la patria.

Tal es, señores, el noble pensamiento que anima á este brillante concurso; y por cierto que es muy digno de un pueblo ilustrado, libre y amante del progreso, que conoce la imperiosa necesidad que tiene de adquirir los conocimientos útiles y de multiplicar los sábios, que son la vida de las naciones, pues ellos ilustran y dirigen las masas populares, y en las dificultades que presenta la marcha de los públicos negocios, son los únicos que pueden dar el saludable consejo. Por tanto, debemos convenir en que cuando un pueblo tiene la fortuna de ser regido por un Gobierno sábio que favorezca este movimiento progresista, promoviendo, plantando y dando cima á la educacion popular y científica, ha encontrado sin duda el remedio de sus males.

Sobrada justicia tuvo, pues, Salomon para decir, *que en la multitud de los sábios está la salud del universo, y que un príncipe sábio es el fundamento del pueblo.* Y por cierto que no cuesta trabajo comprender la verdad

de esta sentencia, porque nadie ignora el inmenso valor de la sabiduría, y la diaria experiencia nos comprueba que un solo sábio suele ser á veces la salud de una ciudad ó de una nacion entera. Mirad si nó al Agrigentino Empédocles cerrando una garganta de los montes por la que penetraba un viento pestilente y librar con esto para siempre á su patria de mortíferas epidemias; vedle tambien desecando los insalubres pantanos que circundaban á la antigua Selinonte é introduciendo en ella el agua pura de lejanos manantiales, convertir en saludable habitacion la que ántes era morada del dolor y de la muerte. Contemplad así mismo al Siracusano Arquímedes, que sin más armas que su profundo saber, burló tres años continuos, no solamente la prudencia y pericia militar de Marcelo, sino todo el poder de los grandes ejércitos de Roma. Dirigid, por fin, vuestra vista á Calínico, aquel famoso ingeniero de Heliópolis que lanzando lluvias y torrentes de fuego inextinguible desde los baluartes de la ciudad de Constantino y desde sus naves del Bósforo sobre los ejércitos y las escuadras de los agarencs, conservó la libertad del imperio de Bizancio. Y en vista de esto decidme: si un solo sábio puede hacer feliz á una nacion, ¿no será de todo punto cierto que en todos los sábios de todas las naciones estriba el bienestar de la humanidad entera?

Con igual facilidad se comprende que un gobernante amigo de la sabiduría puede llegar á ser el sólido y perdurable fundamento, no solo de su pueblo, sino de muchas naciones. Para convenceros de esto, no hay más que abrir la historia de todos los pueblos y de todas las edades. Encontrareis allí á Cadmo trayendo de Fenicia á la Beocia diez y seis pequeñas letras, y con enseñar el uso de ellas á los salvajes y rudos habitantes de aquella comarca, echar los fundamentos, no solo de la ilustracion griega, sino de la de muchas naciones. O si esta narracion os parece de poca monta por ser profana, hallareis á Moyses, á ese inmenso coloso de la historia, que emprendió la muy difícil tarea de ilustrar á un pueblo bárbaro, y lo que es peor, acostumbrado á la servidumbre: lo vereis trasladar ese pueblo á los desiertos, y allí educarlo, darle leyes, costumbres y libros, y ser con esto el único y firmísimo fundamento de la felicidad, no solo de su pueblo, sino de tantos otros como se han aprovechado de sus escritos por más de treinta siglos. O si estas historias no satisfacen vuestro espíritu por demasiado antiguas, fijad vuestras miradas en el inmortal Carlo-Magno, feliz restaurador del imperio de occidente, y lo vereis, á pesar de sus continuas guerras y de sus muy graves y complicados negocios, ocuparse de fundar una multitud asombrosa de escuelas en Francia,

en Alemania y en Italia, dictar sapientísimas leyes, reglamentar la enseñanza, restablecer el estudio de los clásicos griegos y latinos, compilar los antiguos poemas alemanes, escribir él mismo una gramática con el fin de pulir y ennoblecer la léngua francesa, y lo que es más, llevar triunfante la civilizadora cruz hasta los confines de su dilatado imperio, y plantarla en la remota y entónces bárbara Sajonia; y estoy cierto que reconocereis en este rey de reyes el estable fundamento de las modernas naciones de la culta Europa. Y si aun deseais sucesos que se aproximen más á nuestros tiempos, dirigid vuestros ojos á Leon X, aquel gran Pontífice que, reuniendo los sábios más eminentes y los artistas más esclarecidos de su tiempo, restauró las ciencias y las artes en Italia; ó á Luis XIV, aquel poderoso monarca, que abrió en Francia las antiguas escuelas de Carlo-Magno cerradas hacia un siglo, y supo emplear su inmenso poder en la proteccion de las ciencias y del verdadero mérito; y no podreis negarme que estos dos grandes genios dieron un poderoso impulso al espíritu humano, que, produciendo un vivo movimiento intelectual, hizo brotar como de abundosa fuente la ilustracion moderna, que ha difundido su benéfico influjo por toda la tierra, y elevado las ciencias y las artes al encumbrado punto en que las vemos, y que ellos son por tanto el

fundamento de la civilizacion actual. Ved aquí de qué manera un hombre, á pesar de la miseria, desgraciado patrimonio de la humanidad que lo hace uno de los seres más débiles y perecederos de la tierra, puede iluminado por la clara luz de la sabiduría, ser la piedra angular que dé toda su firmeza al social edificio.

Persuadido de esta fecunda verdad el Gobierno del Estado, no perdona medio alguno por difícil que parezca para promover la pública educacion, ya mejorando las escuelas antiguas, ya favoreciendo la ereccion de otras nuevas, ya trayendo de los pueblos niños pobres para educarlos por cuenta del erario público; y ya, en fin, estableciendo, dando vida y perfeccionando cada vez más este Colegio Civil, hasta ponerlo cual hoy se halla en estado de satisfacer en algun modo las necesidades actuales de nuestra sociedad. Beneficios son estos de tal cuantía, que no pueden ni aproximativamente valuarse, ni debidamente agradecerse. ¿Y tanto bien de dónde procede? De un ilustrado gobernante, que, apoyado en el profundo conocimiento de su deber, y sirviéndole de guía la rectitud de sus intenciones, no vacila un momento en emplear todas sus fuerzas en esta obra máxima, que él considera como la base del bienestar de su pueblo. ¡Que el Dios de la sabiduría bendiga la obra de sus manos! Nosotros con la más

tierna efusion de nuestros corazones agradecemos, ya que no como debemos, á lo ménos cuanto nos fuere posible, este inapreciable beneficio, que ha venido á remediar uno de los mayores males que nos aquejaban, pues como dice Middleton: "*Nada hay tan perjudicial para una nacion como la necesidad de ir á buscar fuera la primera instruccion.*" Y vosotros ¡oh jóvenes! que inmediatamente disfrutais del mayor de los bienes, y que lo debeis al paternal cuidado de un Gobierno benéfico que, al ofreceros este instituto de educacion científica, os dice con el Sábio: "*Recibid la instruccion por mis palabras y os aprovechará.*" Agradecedlo tambien con toda el alma; pero no os limiteis al simple agradecimiento, sino que es preciso que apliqueis todas vuestras fuerzas para adquirir una sólida instruccion, y convertidla en utilidad de nuestra tan querida como desgraciada patria.

Trabajad, pues, con ahinco y aprovechad cuanto podais, ya que teneis un establecimiento literario en que se desarrollen vuestros naturales talentos. En él podreis escoger la carrera que mejor cuadre con vuestras disposiciones y con vuestro gusto.

Aquí teneis quien metódicamente os enseñe la lengua patria. ¿Y quién habrá que pueda poner en duda la utilidad de este estudio? Es tal su importancia, que sin él de nada ser-

virian los mayores conocimientos; pues no pudiendo debidamente expresarlos, quedarian como escondidos y sin producir jamás utilidad alguna, descenderian con nosotros al sepulcro. Además, el idioma nacional es el termómetro de la cultura de un pueblo y de la educación de una persona. ¿Quién al oír como se habla en una población, ó cómo se expresa un hombre, no forma luego juicio de su estado de progreso ó de atraso en la carrera de la civilización?

Encontrareis también el utilísimo estudio de la lengua de Ciceron y de Horacio, idioma rico y sábio, llave necesaria en otro tiempo de todas las ciencias, y hoy todavía de una utilidad inmensa; porque sin él jamás podrían conocerse á fondo muchas de las lenguas modernas, entre ellas la nuestra, ni podría perfeccionarse el buen gusto, cosa que solo puede alcanzarse con el estudio de los clásicos antiguos; ni ménos desentrañarse la gran multitud de útiles conocimientos consignados en tan prodigioso número de volúmenes como los que se han escrito en el larguísimo período de más de veinticinco siglos que han transcurrido desde la fundación de Roma hasta nosotros. De los idiomas vivos teneis cátedras donde aprender el inglés y el francés que son hoy, como el latino lo fué en otros tiempos, el vehículo del pensamiento y el canal de las ciencias. Ellos nos ponen en contacto con

pueblos poderosos y sábios, ensanchan el campo de las ideas, facilitan prodigiosamente el comercio; y por nuestra posición topográfica y nuestras relaciones con pueblos que los hablan, son hoy para nosotros de una necesidad absoluta.

Así mismo hallareis donde poder dedicaros al amenísimo estudio de la literatura, que es un intermedio entre los goces de los sentidos y los del entendimiento; que alivia el espíritu de la fatiga que acarrea la investigación de las verdades abstractas; que, deleitando el ánimo, acicala el buen gusto, perfecciona el ingenio, suaviza las costumbres, embalsama las horas de la vida y riega de flores el camino de las ciencias; que es la maestra del bien hablar, que enseña á persuadir, que dá las armas para convencer, y que es, por fin, la piedra de toque para conocer las disposiciones morales de los individuos; pues como dice Hugo Blair: "*La falta de gusto en la elocuencia, poesía y bellas artes, es un síntoma desconsolador en un jóven, y dá sospechas de que es inclinado á los gustos más ruines, y nacido para correr en pos de los apetitos más groseros y soeces de la vida.*"

Teneis aquí también para cultivar vuestra alma el necesario y luminoso estudio de la Filosofía, que no es otra cosa sino la expresión sincera del deseo de saber bajo su más pura forma: es la ciencia de los primeros

principios y de las primeras causas: es el centro y es la luz de todas las ciencias: es la que las fecundiza, las que las vivifica, la que las domina y las ilustra, sin que á ella ninguna la ilumine, la subyugue, le dé vida y la fecunde. Ella os enseñará á contemplar con una sola ojeada toda la creacion; y desentendiéndose de los detalles y los pormenores, y fijándose únicamente en las generalidades, os manifestará lo que hay en las obras del Criador de más sublime, de más grande y portentoso. Ella os dará á conocer al hombre como la corona de la creacion visible, como el sér más perfecto que hay sobre la tierra, y como el único que posee un rayo de la Divina Luz, que lo constituye un nuevo ser inmaterial é imperecedero, aunque unido á la torpe materia de este globo. Ella os manifestará cuál es la generación de las ideas, y os enseñará el arte de pensar, señalándoos las reglas más seguras para la perfección del raciocinio. Del conocimiento de la tierra y del hombre os hará pasar al mundo de los espíritus y os elevará hasta la sublime contemplación de la Divinidad; y descendiendo después iluminada con el alto conocimiento de los divinos atributos, os enseñará á investigar cual es la voluntad del Criador y Dominador del universo, manifestada por sus obras, deduciendo por fin de estos profundos estudios cuáles son los deberes del hombre sobre la

tierra, y os enseñará á valeros de la razón para cumplirlos.

¿Y qué cosa podrá darse tan útil como el interesantísimo estudio de las Matemáticas? Pues aquí también se os facilitarán los medios de emprenderlo. Ellas son un conjunto de realidades demostradas, unas por el solo uso de la razón, y otras por el inmenso poder del cálculo. Son el principio de todo estudio científico, pues ni la Física, ni la Química, ni otras muchas ciencias, ni las artes pueden dar un solo paso sin su auxilio. Aplicadas á la mecánica multiplican por millares de veces la fuerza del hombre y extienden su poderío hasta un punto que parece increíble. Aplicadas á la extensión, tanto facilitan el modo de apreciarla, que sin movernos de un lugar podemos medir palmo á palmo la magnitud al parecer inconmensurable del sistema solar; y aplicadas al estudio de los astros, dan el conocimiento anticipado de los fenómenos más estupendos, marcan las sazones más oportunas para que el hombre de los campos confíe á la tierra las preciosas semillas, que forman la base de nuestra subsistencia; y señalan á los sacerdotes los días de las solemnidades religiosas.

Teneis también el vasto y satisfactorio estudio de la Física, cuyos límites son los de la creacion material; y que, dándoos á conocer las propiedades de los cuerpos y las leyes que